



Encarna Hernández Jiménez, Bon Pastor.

La postguerra. Escola i fam durant la postguerra.

La posguerra

Yo nací en un barrio llamado BUEN PASTOR, era un barrio que podíamos clasificar del bando de los perdedores. Recuerdo la escuela que viví en mi infancia, en plena posguerra .

Estaba situada en unas naves de unas antiguas fábricas. Naturalmente, debido a la moral que imperaba en aquella época, no existía la escuela mixta.

Las profesoras eran alumnas del colegio DAMAS NEGRAS que, después de salir de clase, nos hacían la caridad de alfabetizarnos. Cada día venía una señorita distinta y cada una daba una materia diferente. Más que por el nombre, las conocíamos por la señorita de geografía, la de matemáticas, etc.

Los ríos y las montañas de España no me quedaba en la memoria; lo que nunca he olvidado son las clases de religión, que tanto me marcaron, sobre todo el sexto mandamiento, que dice “No cometerás acciones impuras”. Lo impuro era siempre todo lo que se refería al sexo. Quizás a la gente joven le dará risa leerlo, pero os puedo asegurar que, pese a los muchos años transcurridos, hay cosas que nunca he podido superar.

Lo que nunca podré perdonar a la maldita dictadura, que marcó tanto mi niñez y la adolescencia, entre muchas cosas, es que no me permitieran conocer a los poetas del tiempo de la República. “Eran como personas que nunca existieron”, aunque algunos pagaran con su vida el ser fieles a un ideal.

Era tanta la penuria que teníamos en nuestro barrio que, para final de curso y Navidad, nos repartían lotes de comida y ropa. A la primera de la clase le daban un pollo vivo para que celebrara Navidad. A veces, el pollo se



escapaba y empezaba a correr por el local donde nos reunían. Todavía recuerdo el alboroto que se armaba.

Como agradecíamos aquella limosna que nos daban. Luego la vida te enseña que, lo que nos pertenecía por justicia, nos lo daban como una caridad.

En contrapartida, añoro la solidaridad que había entonces en nuestro barrio. “Se compartía la miseria”; cuando se sabía que alguna familia tenía algún problema, todo el mundo se volcaba según sus posibilidades. Nos conocíamos todos. La mayoría eran personas venidas de otras regiones, sobre todo murcianos. Las casas se hicieron de las sobras del material de la exposición del año que se realizó en Montjuïc. Era tan raro que hubiera familias catalanas en el barrio que, casi despectivamente, les llamábamos “los catalanes” y, nosotros, acordándome de una novela de Candel, éramos “los otros catalanes”.

Era tanta la miseria y el hambre que se pasaba, sobre todo en las casas donde había muchos hijos, que, durante muchos años, no hubieron gatos en el barrio; era la única proteína que nos podíamos permitir. Las personas que se dedicaban al estraperlo eran los ricos del barrio. Luego, con los años, fueron los que tuvieron los comercios del barrio. La gente iba a comprar sin dinero, porque no había, y lo apuntaban en una libreta. Después, cuando se cobraba, se pagaba y nos quedábamos sin dinero otra vez, con lo cual la rueda volvía a empezar. Recuerdo las libretas de racionamiento que tenía mi abuela materna. Cuando nos daban lo que tocaba, mi abuela lo guardaba en un armario con candado, pues, si no, en dos días desaparecía todo lo que daban.

No quisiera que se volviera a repetir un hecho tan triste como fue nuestra guerra *incivil*, pero, por desgracia, veo que la sociedad, en ese sentido, avanza poco. Siguen habiendo guerras, siguen habiendo injusticias, la gente muere de hambre, lo cual me demuestra que los hombres no aprenden de todos los errores del pasado. Lo peor de todo es cuando llegas a la conclusión (y eso es con los años) de que si no hubiera tantos intereses económicos, políticos y religiosos, y fuéramos más solidarios, el mundo sería mejor, pero, pese a los años que tengo, mi utopía es que un mundo mejor es posible.